

TRES POEMAS

Estelle Talavera

COGER AL MUNDO POR LOS PIES

Calzada.

Vías de tren.

Arcén. Escalera.

La entrada espectacular y desesperada de un casino luminoso,
acera, adoquín, piedras unidas por asfalto.

Tendido eléctrico, ondas de radio, chips, chops, ordenador parlante,
interlocutor sin tímpanos y con cables a su espalda, penas indoloras.

Y en medio: una fina línea. Una simple y fina línea azul que nadie ve.

Si al mundo se le cogiese por los pies, cabeza abajo,

la línea dividiría el cielo mar del mar cielo,

la misma y simple línea horizonte.

Si se le cogiese por los pies,

ay, si se le diese la vuelta,

los brazos serían barcos, los pájaros moluscos,

la piel piedra musgosa, el alga pegajosa una amapola de tentáculo.

La palabra una burbuja, la sal el polen

El aire corriente

Los bancos de peces bancos de sentar

Los casinos banquetes de tiburón

Los tiburones de doble dentadura, tú y yo.

Si se le diese la vuelta a todo,

ay, si se le diese la vuelta, el mundo bajo agua se desharía en oxidado.

Si se le diese la vuelta, quién sabe qué nadar inventaríamos.

Quién sabe qué ahogar, qué diálogos, qué ondas, qué tono de luz.

Quién sabe qué clase de amor pez, roce medusa, abrazo pulpo, erizo de aire,
volátil caminar, patoso nadar.

Quién sabe cómo sería el clavo, el clavar, el lento dar, el ágil quitar.

El resbalar de los cuerpos por todos los edificios bajo mar,
por las inmensas y vacías oficinas, tiendas, circos, cárceles, calles sin oxígeno,
cucharas, cuchillos, ventanas que, bajo agua, da igual abrir que cerrar.

Quién sabe.

OJOS BÍFIDOS

Ladrar a la luna

El perro, el gato, el hombre ladrando a la luna

Pintor Gabriel lo ensalza, el perro ladra la luna, tres pinceladas, un cielo irreal.

La luna, una pincelada ovalada más, un zas rápido y no más.

Un cigarro en la ventana, dos litros de leche en el portal, viejo lechero,

Bernardo.

La nevera, el violín, el florero florido y floreado, flor inmunda.

El sofá cóncavo, la bombilla en medio del salón, en medio.

En medio el libro, el cenicero, el pie colado en el mediodía.

Las horas, la luz que se va, el cartón de vino.

Asomarse a la ventana con los ojos rojos, cavernosos, de erizo y calamar

Asomarse con los anteojos, los ojos de después, los ojos de siempre, los ojos
pestañas

Los dos ojos, uno y otro, ojo izquierdo, ojo derecho,

Ojos tristemente acompañados

Ojos que no ven, que miran.

Una dos tres y cuatro paredes, cinco y seis si sigo girando.

SIGUE ENCENDIDO SU CIGARRO

En el cenicero sigue encendido su cigarro.

Y en ese momento, probablemente,
los barcos zarpan, los trenes marchan zumbando,
las escalas de los taxis de acera en acera.
Los tumbos de empresas, de borrachos, los tumbos de la cera en los costados
de la vela.

Los tumbos de los tumbados.

Y el cigarro sigue encendido en el cenicero. Su cigarro.

Las tres de la tarde, cierre de panaderías,
bandadas de puertas que se cierran una tras otra.
Las tres, las cinco, el candado cierre, las once.

Los adoquines serpentean sin que ningún pie los pise. La noche.
Ese, ese es el silencio de los bancos vacíos, los gatos zumbando,
el rencor de un sonámbulo embistiendo contra el mundo desde su batallón
cabeza.

Y su cigarro, aleteando, deja escapar sus últimas bocanadas humo sin
pulmones.

Y mientras fuma no fumando el aire finito de ausente hombre fumador,
escucho fuera la tarde cerrando sus pestañas persianas.
El hombre fumador, su cigarro, su callar,
ese humo que ya no es sino aire viciado de tarde.
Ese *no ser* tan inmenso que está por todos lados,
ese humo que no deja de oler, de expandirse.
De aferrarse invisible a mi pelo, a mi boca, a la punta de mi cuchara,
de aferrarse a las puntas del mantel, a los bordes de las cosas, al interior de los
huesos.
De aferrarse a mi pincel boca, de colarse por la ropa, de cogermme por los pies
a cada paso.

Y el cigarro allí apagado, ahora, huele a muerte
Huele a cebo, a bañera, al rincón de la vela que se ahoga en su borbotar.
Huele a nada, al primer silencio tras la música.

Huele a lo que ya es humo recuerdo. Huele a él.